

CRISTINA ONASSIS, UNA MUJER PERSEGUIDA POR LA MALA SUERTE

ATENAS, GRECIA, (SEP)- Al cumplir los cinco años, Christina Onassis dejó súbitamente de hablar. Muda, ni una palabra en ningún idioma, labios sellados a cal y canto. Acababa de adquirir un hábito eficaz y retorcido: el chantaje afectivo.

UNA MUJER PERSEGUIDA POR LA MALA SUERTE

Acostumbrada a no ver a sus padres, atendida por preceptores, viajaba por el mundo escoltada por guardaespaldas. La pobre niña rica sólo quería llamar la atención. Aunque los cuarteles de los Onassis estaban en Nueva York, en la avenida Foch de París, a las afueras de Atenas, en St Moritz, en la isla de Scorpis y en el Château de la Croe, al

sur de Francia, los psicólogos infantiles eran de Zurich, tal vez siguiendo la estela de Gustav Jung. El diagnóstico tuvo un nombre hermoso: la niña padecía mutismo mercurial. La rabieta silente se transformó con el pasar de los años en la neurosis de una mujer inestable y volátil, perseguida por la mala suerte. Su llegada al mundo tuvo malas señales.

El 28 de diciembre de 1946, Aristóteles Onassis y Athina Livanos se casaron en la catedral griega de Nueva York. Athina, la hija del naviero Stavros Livanos, tenía 17 años, y su marido rondaba los 47. De origen griego y nacionalidad estadounidense, Tina era una belleza de ademanes anglosajones. «Aprendí a hablar en Inglaterra, a pensar en Nueva York y a vestirme en

París», decía.

Después del nacimiento de Alexander, el primer hijo de la pareja, anunciaron no desear más descendencia. Pero a los 15 meses la señora Onassis volvió a quedarse embarazada. Aristóteles intentó que Tina se deshiciera de la criatura. Las amenazas para conseguir que su mujer abortase se convirtieron en agresiones físicas. En medio de la violencia, Athina dio a luz a Christina Onassis el 11 de diciembre de 1950, en Nueva York. Fue una niña inoportuna a la que nadie esperaba. Aristóteles aprovechó el embarazo de Tina para concentrarse en sus amantes. Y a partir del parto, su esposa decidió hacer lo mismo.

MUJER SOLITARIA, DESGARBADA, OJOS TRISTES Y GRAN NARIZ...Y OBLIGADA A ABORTAR

Entre fuegos cruzados creció Christina. Era solitaria, desgarbada, de ojos tristes y gran nariz como su padre. La madre la contemplaba con espanto y a los 18 años la envió a sus cirujanos plásticos.

Al tiempo que Onassis se casaba con Jacqueline Kennedy en Skorpis y Alexander conducía alocadamente su Ferrari, Christina se quedó embarazada en St. Moritz de Danny Marentette. Más complicaciones cuando Eugenie Niarchos, tía de Christina, apareció muerta en su dormitorio. Extraño suicidio que presentaba hematomas múltiples. Con toda la prensa encima la familia, Onassis obligó a su hija a abortar y a olvidarse de su novio.

En el inagotable culebrón, la madre de Christina se esposó con el duque de Marlborough. Alexander acababa de





de Christina se esposó con el duque de Marlborough. Alexander acababa de conocer a Fiona Thyssen-Bornemisza y Christina regresó a St. Moritz a buscar diversión. La encontró en Luis Sosa Basualdo, un jugador de polo argentino, sin demasiada fortuna, que pese a la persecución por parte de Christina, tuvo la sensatez de no casarse con ella.

El orgullo herido suele impulsar hacia otros amoríos y Christina aterrizó en los brazos de Joseph Bolker en Montecarlo. De nuevo la millonaria inició el acoso de Bolker, un californiano sin pedigree, y le persiguió hasta Los Ángeles. Una vez en el apartamento del americano, viendo su indiferencia, intentó suicidarse con pastillas. Al despertarse, ante el aterrado Bolker, la enamorada dijo: «Voy a seguir haciendo esto hasta que te cases conmigo». Boda rápida en Las Vegas unos días más tarde. Christina supo que su padre tramaba algo grave contra aquel marido inadecuado y, para alivio de Bolker, tramitó el divorcio a marchas forzadas.

VIVÍA CON INYECCIONES Y ASÍ CONOCIÓ A SU SEGUNDO Y TERCER MARIDO

Aristóteles Onassis navegaba con sus mujeres y Christina cada vez más sola, más empastillada y con más kilos, sobrevivía bajo los cuidados de su fiel Eleni, que la ingresaba cuando se pasaba de somníferos. Cobró un poco de lucidez al morir su padre en marzo de 1975 y heredar una inmensa fortuna. Se puso al frente del imperio y para superar las tensiones recurría a

inyecciones cada vez más fuertes; una enfermera de cabecera le administraba los narcóticos.

A su segundo marido lo encontró en el Hotel Hilton de Atenas. Alexander Andreadis era el hijo del dueño del Hilton. En unos meses se casaron en una capilla bizantina y en otros seis, tras discusiones bizantinas en Maxim's, Christina emprendió la desbandada, no sin antes ponerle verde en la prensa people.

Seguía coleccionando amantes, se mantenía a flote gracias a la dinamita de las drogas y viajaba a Moscú para negociar con los rusos algunos buques-tanque de su naviera. En esos tiras y aflojas conoció a Sergei Kauzov, un agente de la KGB. Aunque a Kauzov le destellaba un diente de oro, tenía un ojo paralizado y estaba casado con una tal Natalya, la millonaria se lo llevó al Carnaval de Río. Sergei ganaba como funcionario del Partido Comunista 175 dólares semanales. Christina pagó fabulosamente a la esposa para despejar el camino. Se casaron en el Palacio de Bodas número uno de Moscú y 11 semanas después abandonaban juntos la Unión Soviética. Seis meses más tarde, por Pascua florida, Christina dejó a Sergei aparcado en las pistas de St Moritz.

SU CUARTO MARIDO, SU HIJA Y SU MUERTE

Hubo muchos más hombres, jugadores de polo, jockeys, tipos bronceados con nombres como Nicki, Yvon, Dovi,

deslizándose de St Moritz a Maxim's y de St Tropez al Studio 54 de Nueva York. Y por fin llegó el gran amor: Thierry Roussel, amigos desde siempre. Christina se enamoró como una adolescente aunque sabía que Thierry tenía una historia con una modelo escandinava.

Él le aconsejó perder peso en la clínica Buschinger de Marbella. «Si adelgazas 30 kilos me casaré contigo» le dijo.

Se casaron en marzo de 1984 y ella tenía el mejor aspecto que tuvo nunca. Realmente, aquello era el paraíso. Su hija Athina nació un año más tarde en el American Hospital de París.

Pero el camino de la hija de Onassis seguía sembrado de espinas. Después de nacer Athina, Cristina se enteró de que la ex novia sueca de su marido esperaba un bebé de éste. Más tragedia. Roussel, alojado en el Beau Rivage de Ginebra; Christina, empastillada en París. Se divorció de él por guardar las formas, Roussel era un buen padre, se veían intermitentemente y ella lo amaba de modo obsesivo.

De manera inesperada, en un viaje a Argentina, en una mansión del Tortugas Country, propiedad de sus amigos los Doderó, la heredera más fotografiada del mundo apareció muerta en la bañera. Murió de edema pulmonar agudo a los 38 años. No le había sido fácil resistir las tormentas de su vida. Tantos años de venenos en el cuerpo, depresiones y desamor le habían pasado factura. Sin embargo la leyenda dice que se suicidó.